

# Capítulo 50 - - Torre del Águila - Una Guía Práctica sobre Hechicería [Libros 1-4, Actualizado 3 de Julio]

Sebastián

17 de diciembre, jueves, a las 9:00 a.m.

Sebastián dudó por un momento, levantando la vista hacia la Torre del Águila. “¿Debería simplemente alejarme? Evitar el riesgo y asistir a clase como todos los demás, esconderme entre los estudiantes y esperar que nadie me note”. Quizá hubiera algún beneficio futuro en retirarse, pero por la misma naturaleza inexplorable del destino, ella no podía prever qué sería. Además, sabía que no iba a detenerse.

Avanzar era arriesgado, pero también representaba una oportunidad. Mientras mantuviera a raya el intento de espiar su mente—que se volvía cada vez más difícil con cada minuto que pasaba—los inconvenientes parecían mínimos. Como mucho, la podrían ver como una estudiante curiosa merodeando en un lugar prohibido. Tal vez, podría aprender algo importante.

Por eso, tras una pausa para esconder su ficha de estudiante y el pase restringido de la biblioteca en el montón de tierra y hojas a los pies del árbol junto a ella, continuó caminando. No quería que la Universidad pudiera consultar los registros de entrada a la Torre del Águila y encontrar su nombre allí. Si era necesario, esperaría fuera a que alguien saliera e ingresaría tras él sigilosamente.

Afortunadamente, resultó que la entrada no estaba protegida con un hechizo que requiriera la ficha de estudiante, como la Menagerie. Entró sin dificultad alguna.

La torre parecía aún mayor por dentro, casi como una versión más pequeña de la Ciudadela. Un pasillo rodeaba el espacio entre la única habitación central en cada piso y las habitaciones en forma de cuña, más bajas, en el exterior. Las paredes de la sala interior en cada nivel estaban hechas de cristal reforzado, de modo que los investigadores en su interior eran visibles desde fuera. Todo estaba iluminado con claridad, transmitiendo sensación de pulcritud y precisión; los científicos siempre conscientes de su visibilidad, lo que contribuía a mantener su mente aguda y

sus experimentos en el camino correcto.

Además, le permitió comprobar que estaba en el piso equivocado. Como si estuviera diseñado para dificultar la navegación por la torre, la entrada a la escalera se encontraba al otro extremo del edificio, al final del pasillo curvado. Cuando llegó a ella, la puerta estaba cerrada con llave. “Aquí es donde exigen la ficha de estudiante”, comprendió. “Pero probablemente no importaría si volviera por la mía. No estoy autorizada para estar aquí en primer lugar”.

Desde la última vez que se encontró en una situación similar, en un segundo piso, en el exterior del pequeño y precario hostel que su padre había alquilado, se había tomado el tiempo para estudiar algunos hechizos de apertura.

Desafortunadamente, la cerradura era visible desde el resto del piso, lo que dificultaba lanzar un hechizo sin ser vista, y ella, estudiante de primer semestre en la Universidad, solo poseía un Conducto que podía canalizar poco más de doscientos thaums. El mecanismo era tanto físico como mágico, seguramente realizado por alguien mucho más experimentado que ella.

Una de sus arrays útiles en papel era un hechizo para abrir cerraduras, y podía usar la mesa de piedra que había tomado del cuarto de suministros abandonado para apoyar la página y los componentes necesarios a la altura de la manija de la puerta, acelerando así el proceso de hechizo. Eso, si lograba dividir su Voluntad para lanzar el hechizo mientras aún fortalecía la protección de distracción de divinación, lo cual parecía improbable y arriesgado. Aunque esa no fuera la dificultad, aún estaría haciéndolo en medio de todos, y no podía imaginar que la Torre del Águila no tuviera protecciones contra magia tan rudimentaria. La probabilidad de fallar era alta, y podría activar una alarma sin querer.

Se detuvo por un segundo más del tiempo necesario, contemplando el obstáculo entre ella y su destino, cuando una mano extendida desde su lado abrió la puerta, manteniéndola abierta para ella.

Se volvió, mirando unos centímetros hacia abajo, a unos ojos grises y cambiante como el mercurio. “Westbay,” dijo.

Él le hizo un gesto para que pasara.

Entró en la escalerilla, desequilibrada. ‘Él me siguió.’

Le agitó un amuleto de metal. “Necesitas uno de estos para pasar por las puertas de aquí. Quizá no lo sabías, si nunca has estado aquí antes.”

“¿Y cómo tienes uno tú?”

“Lo saqué de la mesa de un desconocido.”

Al otro lado de la puerta, en el silencio de la escalera, ella lo miró fijamente. No dio excusas torpes sobre por qué estaba en la Torre Águila. No le preguntó qué hacía—antes en los dormitorios o ahora—aquí con ella, cuando ambos deberían estar en clase. En cambio, lo observó en silencio,

como si pudiera leer sus microexpresiones como letras encadenadas en una página, como si sus ojos pudieran atravesar su cráneo y ver su alma.

Él la miró unos segundos, pero luego sus párpados parpadearon y desvió la vista. “Yo...” tragó saliva. “No sé qué estás haciendo,” dijo, respondiendo sin palabras a sus preguntas no dichas, bajo la presión de su mirada. “Últimamente he notado algunas cosas. Has estado... distraída. O, concentrada, pero en algo diferente. Y tenía curiosidad. Y... pensé que quizás necesitabas ayuda.” Sonrió ligeramente, un poco nervioso pero con un destello de verdadera emoción. “No te preocupes. Nadie me vio, y dejé mi ficha de estudiante debajo del mismo árbol donde tú dejaste la tuya.”

Sebastián tuvo una repentina revelación. ‘Él piensa que estamos en una historia de Aberford Thorndyke. Esto es simplemente...’ Ella pensó a la vez en lo aliviada que se sentía por saber que no era una amenaza, e irritada, casi ofendida, por su descarada despreocupación. ‘Para él, nada importa, porque nunca ha habido riesgos reales para él—nada de lo que pueda perder. Tal vez ni siquiera comprende que para los demás no es igual.’

“Es un hechizo de sigilo interesante que estás lanzando,” dijo, frunciendo el ceño al mirarla. “¿Es un artefacto, o es algo esotérico? Puedo sentir que estás aquí, pero mis ojos quieren evitar enfocarse en ti, y me cuesta concentrarme mentalmente en ti, como si mis pensamientos quisieran deslizarse hacia la idea de ti en lugar de la realidad de ti.”

‘Ojalá eso te hubiera disuadido de seguirme, tú orgulloso pavo real.’ Apenas se contuvo de soltar las palabras en voz alta. ‘O tal vez él es más astuto de lo que aparenta, solo intentando parecer inofensivo para que no me dé cuenta del peligro que representa para mí.’

“El hechizo es información reservada,” respondió. “Secreto familiar.”

Pareció reconocer la hostilidad que no podía evitar en su voz. Levantó las manos. “No voy a indagar. Solo tenía curiosidad. Todos tienen sus secretos familiares. Pero, ¿estás haciendo algo?”

Estaba a punto de decirle que se fuera y que se dedicara a leer sus revistas de detectives si quería sentir emoción en su vida, cuando un estudiante de último ciclo, probablemente asistente de investigación en vías de obtener la maestría, bajó las escaleras.

Se detuvo y los miró fijamente. “¿Primí? ¿Qué hacen aquí?”

Westbay dio un paso adelante. “Bruner. No puedo creer que aún estés aquí. ¿Qué, tu decimotercero semestre?”

Bruner estrechó los ojos. “Westbay? Ah. No te reconocí al principio. Tendría que haber sabido por los ojos.”

“No importa,” dijo Westbay, agitando la mano con una actitud noble y despreocupada. “Estamos en una misión para uno de nuestros profesores. No hay tiempo para charlar ahora, pero quizás nos encontremos en una reunión familiar alguna vez.”

Los ojos de Bruner se agrandaron, y luego hizo una reverencia.

Westbay tomó a Sebastien del brazo y comenzó a arrastrarla escaleras arriba.

Bruner se volvió y volvió a inclinarse mientras ellos subían delante de él, balbuceando: “Oh, sí, sin duda. Sería un honor asistir a una reunión de los Westbay. Cuando guste. Gracias, Westbay, es un placer verlo.”

Dejaron a Bruner atrás, y Sebastien tragó las palabras mordaces que estaba a punto de pronunciar. En su lugar, admitió con poca gana: “Útil.”

Westbay sonrió de oreja a oreja. “Gracias. El apellido de la Familia resulta útil en ocasiones. Ahora, ¿por qué estamos aquí?”

Sebastien lo observó con atención. ‘Es molesto y consentido, en el mejor de los casos, pero no ha revelado nada sobre el accidente en el edificio de defensa ni sobre mi posterior esfuerzo con la voluntad. Todavía le debo un favor. Quizás no quiera deshacerse de un recurso antes de que dé sus frutos. Y como acaba de demostrar, puede ser útil, sin mérito alguno propio.’

De forma autoritaria, dijo: “Sin preguntas. En realidad, ni hables.” Miró alrededor antes de hacer un gesto impaciente para que Westbay le abriera la puerta.

“¿Dónde estamos—” Interrumpió de golpe, cerrando la boca a mitad de la pregunta, y levantó la mano para cubrir una sonrisa que parecía la de un niño que acaba de robarse una galleta del frasco y disfruta del suspense. Intentó mantener una expresión seria, pero la emoción se escapaba constantemente.

Eres un idiota,” susurró.

Una chispa de ira brilló en sus ojos, pero desapareció tan rápido como había llegado, cediendo ante una mueca de resignación. “Y tú eres un puercoespín,” murmuró cuando ella le volvió la espalda.

Con una paciencia casi santificada, Sebastien lo ignoró. Tal vez, si la situación no fuera tan urgente, lo encontraría inofensivamente divertido. No estaba segura si era su imaginación, pero al subir las escaleras, la presión sobre su amuleto de desvío de adivinación parecía intensificarse, como si cada paso la acercara a una barrera celestial.

Descubrió lo que buscaba en el cuarto piso de la torre.

Allí era más bullicioso que en los niveles inferiores, lleno tanto de agentes como de algunos profesores del personal académico. La cabeza del departamento de Historia estaba allí, acompañada de algunos profesores que ella creía de la Facultad de Adivinación. Dentro de la sala central, rodeado por paredes de cristal, unos pocos agentes con experiencia en brujería ayudaban a un trío de pronosticadores con el hechizo de clarividencia. Estaban distribuidos alrededor de un enorme Círculo grabado en los mosaicos de mármol del suelo, elaborado con metales preciosos y gemas, con componentes que Sebastien solo había leído en libros y que alimentaban el hechizo.

Sus ojos recorrieron el lugar, observando al personal de la Universidad y al grupo de agentes desde el pasillo. Ambos grupos permanecían separados. Los de la Universidad estaban tensos, aunque algunos ocultaban mejor esa tensión que otros, y aunque los agentes que estaban a su lado no mostraban hostilidad, tampoco estaban relajados.

El personal de la Universidad no quería que los agentes estuvieran allí.

‘Pero, ¿por qué no? Eso no tiene sentido. Uno pensaría que estarían contentos de que los agentes tienen más posibilidades de encontrarme con la matriz de clarividencia más poderosa. A menos que haya algún conflicto de intereses aquí, pero no tengo idea de qué podría tratarse. ¿Qué es lo que realmente dice ese libro?’

Su observación y contemplación concluyeron en las meras dos segundos transcurridos desde que había abierto la puerta del peldaño de las escaleras.

Se acercó a la puerta cerrada de una habitación en el exterior del pasillo. La oficina de alguien, actualmente vacía, lo que sabía porque no entraba ninguna luz por debajo de la puerta. Cerró la puerta tras ella y Westbay y se volvió hacia la ventana que mostraba una vista del pasillo y la habitación central. Con lentitud, asomó la cabeza por el borde de la cortina corrida.

La presión sobre su protegida parecía haber disminuido ligeramente, pero no desaparecía.

‘Cometí un error,’ se confesó a sí misma. ‘No puedo hacer nada aquí. Pero vigilaré y esperaré. Quizá... haya una oportunidad si soy lo suficientemente astuta para detectarla. Si puedo aguantarles, tal vez vea dónde guardan la sangre, si la llevan con ellos o incluso si la dejan aquí. Aunque sería mucho más fácil si Westbay no estuviera vigilando mis movimientos.’

“Eso es un hechizo de adivinación,” susurró Westbay. “¿A quién están buscando?”

Ella no respondió.

Él alisó un cabello inexistente que le caía sobre la frente. “Tengo un hechizo que puede mejorar la audición. Quizá podamos...escuchar.”

Eso fue suficiente para captar su atención, a pesar del creciente esfuerzo por fortalecer su protección contra la adivinación.

Sus ojos se apartaron de ella. Sin esperar más respuesta, se hurgó en los bolsillos del chaleco y la chaqueta, que contenían su Conducto y un utensilio para escribir.

Dos minutos después, con un palito negro delgado dibujó una matriz de hechizo en ambas palmas. No utilizó componentes, sacudiendo la cabeza ante la oferta de la pequeña linterna que llevaba en su bolso. “Casi no consume energía. El calor de mi mano será más que suficiente. Este hechizo se trata de...control.” Por un momento cómico, colocó sus manos detrás de las orejas, formando una copa con ellas y girándolas como si imitara a un perro.

Ella olió tenuemente a miel. ‘¿Son los componentes parte de la matriz misma? ¿Quizá miel para captar el sonido y carbón activado para filtrarlo?’ Sentía curiosidad, pero sería grosero indagar o estudiar demasiado la matriz del hechizo. Algunos magia era un secreto muy celosamente guardado, transmitido de generación en generación o de maestro a aprendiz, y Westbay se había limitado a no preguntarle por el hechizo que pensaba que ella estaba lanzando para no llamar la atención.

“Amplía la superficie capaz de captar sonidos entrantes, los filtra y me permite enfocar artificialmente la audición,” susurró, haciendo una mueca al volver a mirar el pasillo. “Fuerte.” Tras unos segundos, su expresión cambió a una de fascinación. “Están cantando. Para el hechizo. Es avanzado. No he oído nada parecido.”

Sebastián enderezó los hombros y calmó su mente. El Conducto en su mano libre estaba lleno de energía, los cinco Círculos en su espalda estaban fríos y llenos de la sensación de agujas, y se imaginó que en media hora empezaría a sentirse débil por la pérdida de sangre. ‘¿Cuánto podrá durar esto?’ Cada vez era más evidente que ella era como la rana que se cocina lentamente, demasiado tonta para darse cuenta de que el agua se está calentando.

“Alguien en el pasillo acaba de decir algo acerca de la Reina Cuervo,” dijo Westbay. Se quedó en blanco unos momentos, y luego giró lentamente la cabeza hacia Sebastián. “¿Están adivinando por ella... en este momento?”

De repente, vio en su mente una escena en la que ella misma estaba en la cárcel, intentando convencer a los policías como Sebastián Siverling de que no tenía idea de por qué la sangre de Siobhan Naught siempre terminaba en ella. ‘¿Me creerían si fingiera haber conocido a la Reina Cuervo y que me robaron la sangre la “maldísima hechicera” para usarla como señuelo y desviar la investigación?’

Negó con la cabeza. ‘No, estoy segura de que tienen protección contra las mentiras, y claramente tienen acceso a más de un pronóstico. Sabrían de inmediato si intentara mentir. Y con suficiente motivo para investigarme, destruirían toda mi historia personal.’

Ella trató de calcular cuántos julios de calor y sangre estaba canalizando. ‘Cerca de doscientos ya. Según lo que me dijo Liza, ellos deben estar canalizando muchas veces esa cantidad. Son tantos, que probablemente puedan seguir mucho más allá de lo que yo soy capaz de soportar. Quedarse aquí ya no es viable; quedan dos opciones viables. Puedo pedirle a Westbay que me preste su Conducto, que seguramente está mucho más avanzado que el mío, o puedo huir ahora y esperar estar lo suficientemente lejos para cuando su hechizo de adivinación atravesase mi protección y no puedan atraparme.’

Sentía que el calor subía por su cuerpo, ruborizándola bajo su chaqueta y bufanda, pero se esforzó en resistir el impulso de caminar de un lado a otro entre los muros que parecían cerrarse a su alrededor. ‘Si tomo el Conducto de Westbay, se preguntará por qué lo necesito. Tal vez pueda relacionar las piezas. Si huyo, al menos tengo el oro que cosí en el forro de mi ropa y botas.’ Aún podría ser tiempo de recuperar sus cosas del dormitorio. Si contrataba una carroza, podría estar a medio camino fuera de Gilbratha antes de que la encontraran. Y si, de alguna manera, lograba

aguantar más que ellos, podría simplemente regresar como si nada hubiera pasado. ‘O... ¿Debería atacar a Westbay y robarle su Conducto? Si logro que no dé la alarma hasta que haya escapado, al menos tendría un Conducto lo suficientemente poderoso para manejar mi Voluntad. Me daría unos minutos más, quizás media hora.’ La idea le produjo una pequeña punzada de culpa. Él era frecuentemente irritante, pero no había hecho nada que realmente mereciera eso. ‘Su familia podría comprarle otros veinte Conductos sin siquiera afectar el presupuesto para su próximo baile de sociedad. No le dañaría en absoluto que se lo tomara, salvo un golpe a su orgullo,’ reflexionó.

Estaba considerándolo, pensando en cómo podría hacer que la siguiera hasta su dormitorio, robarle el Conducto y luego atarlo en uno de los puestos del baño antes de escapar, cuando alguien que no esperaba ver abrió la puerta del cuarto piso.

---

Revisión #1

Creado 7 julio 2026 13:07:19 por Edward Elric

Actualizado 7 julio 2026 13:07:28 por Edward Elric